

La cárcel de los sueños de Vida Yovanovich/ Elena Poniatowska

Todos envejecemos, todos vamos a morir. Pocos sin embargo, se enfrentan a la vejez antes de que llegue. Al contrario, la fuente de la eterna juventud es una de las grandes obsesiones de la humanidad e industrias enteras se construyen en torno a mantenerse jóvenes. No hay combate más tenaz y más desesperado que el de muchos hombres y mujeres por permanecer en la segunda edad. El caso de Vida Yovanovich es insólito. Ella quiso verse a sí misma vieja antes de tiempo. Quiso mirarse en el espejo, quiso volverse una anciana en un asilo dejado de la mano de Dios. Quiso retratarse al retratar a otras.

Despiadada con anticipación, Vida, al examinarse con tanta lentitud, a lo largo de días y días entre ancianos abandonados, en cierta manera se exorciza. Es tan vieja que ya no puede llegar a vieja. Es tan vieja que se vuelve una niña. Es tan vieja que se da a luz de nuevo, remedia su pasado, lo estructura, se da órdenes a sí misma, obedece a su futuro rostro, a la terrible mirada de sus ojos graves y tristes. Si hay una mujer que mira a la muerte de frente, ésta es Vida Yovanovich, que a lo largo de las horas del día y de la noche deja salir el veneno de su soledad, de su piel que se va arrugando, de los surcos que cavan su superficie, del pelo que empieza a debilitarse, de los músculos que el tiempo derriba, de los ojos que se apagan, del vientre fecundado que pierde su función, de los brazos y las piernas que ya no sostienen como antes.

Siento una gran admiración por el experimento de Vida, por su entrega absoluta y desolada. La imagino día tras día en el asilo, esperando a que la paloma se detenga en el quicio de la ventana, mientras la anciana de pelo blanco come inclinada sobre la mesa con su cuchara de peltre. La imagino entre las camas vencidas y la derrota de los miembros que no responden. Veo cómo cae un cabello triste, una saliva en la comisura de la boca que la anciana no puede retener, el líquido amarillo de la que ya no controla sus esfínteres, la bufanda tejida a la que se le van los puntos. También a nosotros se nos van los puntos, nuestro tejido ya no aprieta los órganos y se nos salen la baba y el excremento. La lasitud afloja hasta el espacio en torno a nosotros. El aire ya no nos contiene. Al contrario, abandona a los que saben a muerte. Nadie ha dicho mejor que el poeta Jaime Sabines, la podredumbre de la muerte, a través de su hijo Julito.

“(…) Fue frente a un conejito que murió a los dos días de estar en casa. Julito me lo trajo de las patitas, tieso, como un trocito de madera.

- No se mueve, papá, está muy feo.

- ¿Lo tiramos a la basura?

- Sí, tíralo, está feo.

Y no creo que nadie diga nada mejor acerca de la muerte. Ni de la vida.”

A Vida se le adelgaza la boca y no sonríe. Se amortaja, Verónica de sí misma, y su rostro queda impreso en la gasa casi transparente. ¿O es una tela de costal? En todo caso, la semejanza con el sudario en el que Cristo grabó su rostro, cuando quiso limpiárselo la Verónica es indiscutible y dolorosa ¿Qué quedará de nosotros cuando muramos? ¿Quedará al menos la corona de espinas? Mientras Vida Yovanovich se cubre el rostro, la vieja junto a ella obedece cansinamente y también cubre el suyo como un mal dolor de cabeza.

Vida, cuyo pelo crespo, fuerte, maravilloso, nido a pájaros, en el que podrían detenerse las nubes –porque es una mujer altísima-, se retrata, con o sin pelo, crucificada, su rostro-máscara acuchillado, partido en dos tajos de angustia. Su bata de baño es su mortaja; está de pie pero se cree tendida en la negrura de la noche más tenebrosa, la de su propia muerte. No se da cuenta del vigor que emana de su cuerpo espada, de la flor de lis que su espíritu le dibuja en el rostro que ella se ha empeñado en tasajear.

Vida aúlla, es su propia madre, su grito es el de su nacimiento y el del horror a la muerte-viva, el del terror a su propio nombre, Vida-muerte, Muerte-vida-Muerte, un nombre que no se le pone a nadie es el que le pusieron a Vida sus padres yugoslavos al llamarla Vida y hacerla nacer en Cuba, hace mil años.

Los años aprisionan a Vida Yovanovich, que vive en carne propia el encarcelamiento de sus sueños, la paralización del futuro. “Estas ruinas que ves son tu retrato”, se repite y nos lo avienta a la cara para que nos demos cuenta de que no hay poética de la vejez, sólo un desgarramiento, sólo la violencia que nos hace el tiempo, sólo nuestros huesos que van reventando nuestra envoltura humana para que comprobemos que la muerte la llevamos dentro y que el día está próximo en que nos convirtamos en esas grotescas y dislocadas calacas de Posada, pero no las que bailan, beben y ríen a mandíbula batiente sino las que se sientan a llorar rencorosas en el rincón más oscuro.

“Fue como abrirme por dentro – dice Vida Yovanovich-. “Al principio, cuando salía del asilo, me lavaba las manos con una sensación de terrible contagio. No podía

fotografiar, sólo sentir. Pienso que es difícil introducir en las imágenes lo que se siente, lo que se vive a la hora de tomarlas, y a la vez, resulta imposible olvidar y desprenderse de lo que se ha vivido.”

“(…) Pienso que a través de ciertas fotografías algo nos pasa. Yo trato de entender la vida, mi propia vida”.

Lo mismo dijo Susan Sontag en su libro *On Photography*.

“Para mi, fueron las fotografías de Bergen Belsen y de Dachau con las que me topé por casualidad en una librería en Santa Mónica en julio de 1945. Nada de lo que vi —en foto o en la vida real— me cortó de manera tan incisiva, profunda e instantáneamente. Me parece lógico dividir mi vida en dos partes: antes de ver esas fotografías (yo tenía doce años) y después, aunque me tomó varios años entender bien a bien de qué trataban. ¿De qué sirvió que yo las viera? Eran sólo fotografías de un acontecimiento del que apenas había oído hablar y no podía hacer nada para cambiarlo, de un sufrimiento que apenas podía imaginar y de ninguna manera aliviar. Cuando vi esas fotografías, algo se rompió. Había llegado a algún límite y no sólo el del horror. Me sentí irrevocablemente dañada, herida, pero una parte de mis sentimientos empezaron a apretarse, algo se murió, algo todavía llora.”

Vida confirma el impacto de la fotografía:

“Mi primer autorretrato nació de una tarea autoimpuesta: una mañana puse mi cámara sobre un tripié, me coloqué frente a ella, y ¡zaz!, qué fácil tarea, pensé yo. Más tarde, al mirar detenidamente la hoja de contacto, cerré los ojos y lloré. No lo podía creer. ¿Acaso un autorretrato puede revelar lo que uno tiene adentro, protegido, oculto?”

La imagen era un cuadro perfecto y de una dureza que todavía hoy, al mirarla, me causa dolor. Esta foto fue a dar a un cajón durante varios años. No la comenté, no la mostré, no la reconocí en mí. La escondí”.

¿Fue su fotografía una terapia emocional para llegar a aceptar en ella el paso del tiempo?...Vida observó sus miedos, anotó con crueldad sus incapacidades. Su espanto, su pasmo ante su propia imagen la petrificaron. Trató de entender su vida a través del deterioro que iba ganando espacio en su piel e inició el reconocimiento de adentro hacia afuera, como un médico que lo primero que hace es hurgar en las entrañas de su paciente para después auscultarlo con su estetoscopio y llenarse los oídos con el latido de su corazón. Los estragos del tiempo le dieron la medida de su propia vejez. Acumuló en un cajón los contactos para quitárselos de encima. No pudo verlos durante varios

años. Si Vida fuera cobarde, los habría destruido, pero estaba escrito que alguna vez se aceptaría así misma y se mostraría tal y como se vio en aquellas fotografías, para ella, aterradoras. Al observar sus miedos amplificadas sobre la pared, ella que se autocalificaba de medrosa las transformó en un proyecto de vida y en un reto. A veces, sólo hasta los cincuenta años aprendemos a mirarnos de frente por primera vez. A veces, una depresión nos lleva al camino del autoconocimiento. A veces, también la inminencia de la muerte nos hace separar el grano de la paja.

Establecida con su cámara en el único asilo en que le permitieron trabajar, Vida acabó siendo parte del mismo. Allí le amanecía y allí le anocheaba entre siglos de existencia y bultos de abandono. Pese al contraste que imponía con su juventud, al final era una mujer más entre las que allí abundaban. “La mayor parte eran mujeres, sólo había unos cuantos hombres; porque los hombres mueren antes que las mujeres, las mujeres somos las que acabamos solas, nos abandonan con mayor facilidad.

A través de los años me volví transparente. Me volví una de ellas, me volví parte del lugar. Era impresionante quedarse allí durante la noche. En la oscuridad, las mujeres que durante el día habían sido mis amigas, se convertían en mis enemigas y me gritaban que me fuera.

Pasaron tres años antes de que yo fotografiara un cuerpo desnudo. Tomar a una anciana desnuda fue una maravilla, fue mi liberación, porque como mujer, ver el de otra destruido por el tiempo es muy impactante. Fue para mí un verdadero examen de conciencia. Me acostumbré a la decrepitud y dejé de aterrarme.

Al hacer mi autorretrato en el baño, creo que retraté mi inhabilidad para enfrentar el tiempo, mi paso en el tiempo, mi miedo a la muerte, la certeza de que no sólo las ancianas morían sino que muchas cosas más también morían.

La primera anciana que toqué en el asilo, sobre su cama, se fue de lado y me sorprendí enderezándola sobre la almohada en vez de salir corriendo.”

Dice la crítica de arte Graciela Kartofel:

“En *Cárcel de los Sueños* hay algunos pequeños detalles que pueden parecer sólo eso, detalles en una fotografía, y que sin embargo alcanzan una dimensión simbólico-trágica. Una rasgadura-mancha en el papel tapiz actúa como la huella de un ser al que una mujer prefiere dar la espalda. Un foco en el interior de una habitación y una toma con su cable en el muro del cuarto contiguo son dos vértices de un triángulo completado por una figura humana. Los elementos eléctricos se ratifican mutuamente

como la antítesis de ese personaje agobiado, cuyo brazo y puño aluden a una hipotética conexión de energía, mientras ella balbucea en la nada para memorizar algo pero sólo alcanza a rehabilitar su mirada perdida.”

Vida Yovanovich se para junto al oxígeno, frente a la luminosidad de la puerta, como la muerte al acecho, sostiene el espejo del que una anciana huye, la Mona Lisa preside la agonía de un rostro boquiabierto en su lucha por respirar. Al lado de la mujer que ha regresado a la infancia y se chupa el dedo, yacen junto a su almohada dos fotografías: la de un militar y la de un matrimonio rota a la mitad. Las palomas entran por la ventana aunque una vieja enojada las amenace con sus bastón, una botella de jerez sobre su buró.

Vida Yovanovich nos regala una visión desencantada de la etapa final de la vida.

La muerte prematura suele considerarse trágica. Vida lo contradice y nos hace cuestionarnos acerca del drama que significa vivir solo, pachucho y abandonado en un asilo donde la muerte es tan atroz como la que les toca a los que mueren de hambre. Aquí los ancianos mueren de sí mismos, de necesidad, de desamor. Solos se matan y solos se van muriendo.

Ya no se hacen falta y se dejan ir. No pueden más que abandonarse a la muerte. Sus cuerpos, esa materia fofa, blanda, extinguida, son una envoltura de desecho, feos, listos para la basura.

En el asilo, los ancianos ya no entienden nada y han perdido la habilidad de decirle sí a la vida. Acorralados, es imposible levantarse de la cama, de la silla, del banco bajo la regadera. La muerte es un gran escándalo. Aúlla. La vida también es cruel, pero menos que la cámara que revela las arrugas, ensancha los poros de la piel, las manchas café que son señal inequívoca del agostamiento. La misión de la cámara no es estética ni moralista. Vida nos muestra el camino, enseña con toda crudeza lo que nos espera.

Sin embargo, hay otra esperanza para los ancianos.

En el mes de agosto de cada año, en el baile “Una cana al aire” del Instituto Nacional de la Senectud, los ancianos libres llenan la gigantesca pista del Palacio de los Deportes y le entran sabroso a los bailes de salón. Principalmente el mambo, el dancón y el chachachá, aunque algunos se mueven como si fuera cumbia o quebradita. Es un modo de llegar a viejo que Vida se declara incapaz de captar, determinada por su infancia en una familia donde no se habló de la edad ni se celebraron los cumpleaños.

Al ver esa multitud que se sangolotea al ritmo de la Sonora Santanera como si ése fuera su destino, pienso que ésa es la vejez a la que aspiramos, sin muros que nos momifiquen, sin la cárcel de nuestros sueños, sin la prohibición de ver crecer a los que vienen detrás de nosotros. Es justo y necesario aspirar a la oportunidad nada desdeñable de echarnos de vez en cuando un pasito tun-tun en el Salón Colonia o en el California Dancing Club.

A pesar de todo, no es seguro que de regreso, al tendernos sobre el lecho, no adquiramos, ya inmóviles, la terrible certeza de hundirnos, con todo y zapatos de baile, en nuestro cajón de muertos.

PONIATOWSKA, Elena. “La cárcel de los sueños de Vida Yovanovich” en *Cárcel de los sueños*, México: Casa de las Imágenes- CONACULTA- Centro de la Imagen, 1997.